



Los secretarios y el enlace *popolo-principe*. La importancia para maquiavelo de un buen *consigliere*

The secretaries and the *popolo-principe* liaison. the importance for machiavelli

Recibido: 08-08-2022 Aceptado: 11-01-2024 Publicado: 30-06-2024

Pietro Cea

Universidad Católica de Temuco
pcea@uct.cl

 0000-0001-7727-3806

Resumen: El pensamiento de Maquiavelo, siempre inagotable, ha permitido observar la política desde un punto de vista realista, alejándonos del idealismo clásico. Mas, esa lejanía de la política idealista, ha develado la necesidad de utilizar todo tipo de elementos para poder mantener los liderazgos o la gobernabilidad. Es así, que la utilización de dioses, religión, crisis, e incluso hasta los fenómenos naturales, pueden y deben, según el pensador florentino, ser utilizados con astucia por aquel que aspire a mantener el poder en un Estado.

Asimismo, uno de los elementos más importante, es la presencia de un *consigliere*, un consejero o ayudante que permita a aquel que se declare príncipe, establecerse como tal.

La intención de este trabajo es observar las características que debe tener el consejero de un príncipe según Maquiavelo, repasando además alguno de los secretarios que el propio pensador florentino destacó a lo largo de su obra.

Palabras clave: Maquiavelo – príncipe – consejero – Estado – gobierno.

Citación: Cea, P. (2024). Los secretarios y el enlace *Popolo-Principe*. la importancia para maquiavelo de un buen *consigliere*. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 34(1), 383-394. doi.org/10.15443/RL3416



Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0.

Abstract: Machiavelli's thought, always inexhaustible, has allowed us to observe politics from a realistic point of view, distancing us from classical idealism. However, this distance from idealistic politics has revealed the need to use all kinds of elements in order to maintain leadership or governability. Thus, according to the Florentine thinker, the use of gods, religion, crises, and even natural phenomena, can and should be used with cunning by those who aspire to maintain power in a state.

Likewise, one of the most important elements is the presence of a *consigliere*, an advisor or assistant who allows the one who declares himself a prince to establish himself as such.

The intention of this paper is to observe the characteristics that a prince's advisor should have according to Machiavelli, also reviewing some of the secretaries that the Florentine thinker himself highlighted throughout his work.

Keywords: Machiavelli – prince – counsellor – State – government

1. La legitimación: el primer paso al Poder

La legitimidad de los liderazgos es una cuestión que siempre está en tela de juicio, por lo mismo la gobernanza es siempre compleja, ya que esta consiste justamente en mantener el orden en un grupo numeroso de individuos, los que a su vez tienen principios axiológicos variados, posiciones políticas diversas, y en algunos casos, hasta lenguas y culturas diferentes. Por esta razón, y por más que el líder haya sido elegido de forma democrática o incluso por medio de un consenso, el tomar el mando de una organización política macro, como un Estado, es siempre un desafío. Más aún, cuando los liderazgos no son conseguidos de forma democrática ni consensual, la gobernabilidad se vuelve extremadamente compleja por la falta de legitimidad, lo que hace que sea necesario por parte del líder político, todo tipo de artimañas para poder mantenerse en el poder.

Siendo la legitimidad un factor sumamente relevante para la conservación del liderazgo político, y a pesar de que este se puede haber conseguido de forma ilegal o no válida, la mantención de este debe necesariamente apuntar a la legitimación. Por esta razón, el político necesita tener presente en todo momento a la población que habita el espacio

físico en el que pretende desarrollar su empresa de liderazgo. Esto, en el entendido de que es ella, la legitimidad, en última instancia, la que valida o no su poder en tanto líder y político, independientemente del tipo de régimen gubernamental que se instaure. Por lo tanto, es necesario tomar en cuenta al pueblo, ya que él es la fuente de dicha legitimación.

2. Pueblo y notables. Las dos caras de un mismo Estado.

En Roma la población estaba compuesta por dos grandes grupos: el *populus* y el *senatus*. Originalmente, el pueblo era el grupo de jóvenes ciudadanos varones que podían llevar armas y votar, pero no podían gobernar. El senado, por su parte, estaba compuesto por los ancianos que cumplían funciones consultivas. Ambos grupos fueron evolucionando sin mayores modificaciones conceptuales, sin embargo, en el Renacimiento se observa una clara mutación con respecto a sus definiciones originales.

El pueblo fue adquiriendo una connotación mucho más abstracta: compuesto por aquellos individuos que habitaban y constituían la población de una ciudad o Estado, pero sin especificar mayormente cuáles de estos individuos debían ser considerados como tal. El concepto fue teniendo progresivamente una connotación de clase, dejando de lado su vínculo demográfico. Es decir, el pueblo parece haber sufrido variaciones en el tiempo, pasando de ser definido como aquel grupo de personas que habita un determinado lugar, a reducirse a aquellos que, por contraposición a la nobleza o a los notables, se catalogaron como una clase social diferente, caracterizada por un poder adquisitivo menor.

El senado pasó de ser aquel grupo de personas notables por sus capacidades intelectuales y su experiencia –como elementos fundamentales para guiar el Estado– a transformarse en el grupo de los adinerados, que ostentan los cargos de poder dentro del gobierno, o negociantes, que han ganado riqueza y fama escalando en la pirámide social.

Visto incluso desde su origen latino, es difícil que el pueblo pueda llegar a gobernar o conducir un Estado, consecuencia en primer lugar del bloqueo de los puestos de poder por parte de los notables, y en segundo lugar por las limitaciones propias de la falta de poder, tanto político como adquisitivo derivada de esta división social. Aunque también es cierto que su inclusión dentro de las políticas del Estado debe ser crucial, ya que, como se ha indicado, el pueblo es quien da o quita legitimidad a un gobierno. Así parece que la dicha de gobernar recae, de forma implícita, únicamente en los notables.

No obstante, algunas estructuras de poder expresadas en los gobiernos no toman en consideración el beneficio del pueblo, sino que asumen su presencia como un elemento dado y de poca relevancia, enfocando sus políticas a lo que “parecen ser” los motores financieros de la ciudad. Así, famosa se ha hecho la frase del despotismo ilustrado “Tout pour le peuple, rien par le peuple”, que en castellano suele traducirse como “Todo para el pueblo, pero sin el pueblo”.

Según Lefort, Maquiavelo consideraría que “lo que hace que los Grandes sean grandes y que el pueblo sea pueblo, no es que tengan por su fortuna, por sus costumbres o por su función un estatuto distinto asociado a intereses específicos y divergentes, sino que –Maquiavelo lo dice sin ambages– unos desean mandar y oprimir, y los otros no ser mandados ni oprimidos” (2010: 212). Por lo tanto, la ambición, y el liberarse de sus consecuencias, es lo que marca la dinámica entre el pueblo y los notables. Esto, además, se expresa en la permanente preocupación de los notables de que el pueblo mantenga su estado precario, ya que de este modo es más fácil esclavizar y, en consecuencia, no perder las ventajas propias de quienes ejercen el control del poder por medio de los beneficios monetarios. Mantener la pobreza y la precariedad posibilita que quienes tienen algún tipo de potestad, sea política o monetaria, protejan su estatus de vida a partir precisamente de la precariedad de los demás.

Así, el conocimiento, el entendimiento de las dinámicas políticas por parte del pueblo, podría llegar a generar su sublevación, amenazando el orden establecido. Por lo mismo, algunos estudiosos creen ver en *El príncipe* un texto en el que Maquiavelo explica al pueblo todo lo que han hecho y son capaces de hacer contra él los gobernantes para mantener el poder y no perder sus privilegios, mostrando “los mecanismos ocultos del poder y los atroces crímenes perpetrados por los príncipes absolutos” (Bausi, 2015: 355). Esta interpretación de *El Príncipe*, es también conocida como la interpretación “oblicua”, que llegó a tener un grupo importante de defensores, sobre todo en el siglo XVIII, al ser “abiertamente defendida por Jean-Jacques Rousseau, por el iluminismo de la *Encyclopédie*, por Vittorio Alfieri y por Foscolo de los *Sepolcri*; aunque ya podemos encontrarla planteada en el *Tractatus Politicus* de Baruch Spinoza de 1670, y también en forma implícita y embrionaria desde las primeras décadas del siglo XVI (por ejemplo, en la Apología de Pole).” (Bausi, 2015: 355-356) Y asimismo en la contemporaneidad, gracias a la interpretación ofrecida por Gramsci, en la que

El Príncipe de Maquiavelo podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del ‘mito’ soreliano, es decir, de una ideología política que no se

presenta como una fría utopía, ni como una argumentación doctrinaria, sino como la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva. (1980: 10)

3. El *consigliere* o secretario y su rol en las sombras

Tomando en consideración la dinámica con que se movían los notables y el pueblo, es innegable la distancia que solía haber entre ambos. Así, el príncipe desconocía las dimensiones reales de las necesidades o anhelos del pueblo; entonces, para conocerlos, podría servirse de dos vías: mediante la información recibida del senado, en caso de ser la república la estructura del gobierno, o por medio de un ministro que, proveniente del pueblo, podría transmitir al príncipe dichos anhelos y necesidades. Solo alguien que es parte del pueblo puede conocerlos y procurar su comprensión.

La primera opción tiene la dificultad de que el senado está constituido por personas cuyos privilegios políticos suelen alejarlas del sentir inmediato del pueblo: de ahí que, dejan de ser representantes reales de sus necesidades e inquietudes. La segunda opción tiene el peligro de la mala elección del ministro o secretario, que puede no ser apto para el cargo o puede ser alguien que simplemente busca satisfacer su propia ambición. Por este motivo, el propio Maquiavelo propone un procedimiento que habría de permitir al príncipe o líder político disminuir las posibilidades de errar en esta elección crucial, procedimiento que “non falla mai”, consistente en que “si tú ves que piensa más en sí mismo que en ti y que en todas sus acciones anda buscando su propia utilidad, tal persona jamás será buen ministro; jamás te podrás fiar de él, porque aquel a quien se ha confiado el gobierno no debe pensar nunca en sí mismo, sino siempre en el príncipe y no recordarle jamás sino aquellos asuntos que conciernen realmente a su principado.” (Maquiavelo, 2003: 129)

Exceptuando ciertas menciones no demasiado extensas y casi pasajeras sobre los ministros o secretarios, la figura de un ayudante en la lectura política de Maquiavelo no parecería destacar. No obstante, al revisar con atención sus textos puede advertirse la relevancia que concede a este cargo. Por ello, cabe señalar que los personajes que el propio pensador florentino destaca como referencias de liderazgo político, contaron, cada uno de ellos, con un ayudante, secretario, ministro o *consigliere*. Es más, el propio Maquiavelo cumplió esa función en la república encabezada por Soderini, en la que, como recuerda Navarro en un estudio introductorio a las *Obras Políticas* de Maquiavelo,

“multitud de documentos de la época demuestran que, mientras tuvo a su cargo estas funciones [secretario de la segunda cancillería], en los asuntos exteriores y en los de la guerra, nada importante se hizo sin su dirección y consejo” (Maquiavelo, 1957: 9).

Los líderes políticos más importantes nombrados por Maquiavelo contaron con la colaboración de un consejero. Moisés contó con su hermano mayor Aarón; Ciro, según el relato de Jenofonte en *La Ciropedia*, con su general Crisantas;¹ Rómulo, en un primer momento, con su hermano Remo y luego con Tito Tacio,² y Teseo, según Plutarco, con su amigo Piritoo.³ Así y pese a las escasas páginas dedicadas a esta figura, es innegable el valor que el pensador florentino le concede en el momento de la toma de decisiones por parte del príncipe.

4. Los profetas y la relación con sus *consiglieri*

El *consigliere* es tan importante para Maquiavelo, que los líderes políticos que no lo han tenido han malogrado su mandato, aunque este no deba considerarse el único factor de fracaso.

A lo largo de su obra, Maquiavelo destaca la figura de Moisés, cuestión que por cierto ya hemos abordado en otro trabajo,⁴ como líder político en desmedro de los otros líderes que aparecen en el texto bíblico. Al hacer una rápida, pero necesaria revisión de los líderes políticos bíblicos, se advierte, por ejemplo, que, Abrahán no contó con un ayudante fiel que le permitiera interpretar las necesidades del pueblo, y eso fue en detrimento suyo. De haberlo tenido, su supuesta conexión con Dios hubiera podido repercutir directamente en un orden eficaz del pueblo.

En este sentido, el caso de Jesús de Nazaret tiene una particularidad, porque a pesar de contar con un grupo de seguidores y ayudantes, los apóstoles, estos eran más bien alumnos o admiradores que le seguían y acompañaban. Ellos recibieron las enseñanzas de Jesús, con el fin de divulgarlas por otros pueblos, cuestión que se hizo efectiva, si bien

1 Crisantas, además de ser general del ejército de Ciro, cumpliendo una importante labor en la guerra entre Persia y Asiria en el siglo VI a. C. fue también su consejero, siendo un catalizador entre los afanes y necesidades de las tropas y el rey persa.

2 Es interesante la relación que se generó entre estos tres personajes, pero sobre todo entre Rómulo y Tito Tacio. “Rómulo, desde los comienzos es el conductor de las operaciones militares y diplomáticas, convirtiendo la guerra en una herramienta política cuando no hay otra posibilidad” (Buono-Core, 2013: 41), y no pudiendo lograr una conquista de los sabinos por ningún medio, termina pactando con Tito Tacio rey de los sabinos, reinando conjuntamente durante seis años.

3 Según relata Plutarco en la comparación que efectúa entre Teseo y Rómulo en las Vidas paralelas, Piritoo fue un amigo inseparable de Teseo y juntos, según los relatos míticos, libraron muchas batallas. Entre ellas, destaca el combate entre Lápitae y Centauros que simboliza la lucha entre la civilización y la barbarie.

4 Cea, P. (2021) Moisés y el Dios político desde el pensamiento de Maquiavelo. *Analysis* 29, Pp. 153–161.

con dificultad, solo después de su muerte. Este grupo no ejerció una conexión real entre las necesidades del pueblo y Jesús, en tanto “hijo de Dios” y líder político. De hecho, en numerosas ocasiones, lo que Jesús consideraba bueno era lo que se hacía, más allá de que sus apóstoles o su propia madre le indicaran lo que el pueblo necesitaba, siendo un líder aparentemente ajeno de las dinámicas sociales. Así queda demostrado en las bodas de Caná, en las que María le solicita ayuda al ver que el vino se había acabado, a lo que Jesús responde: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía mi hora no ha llegado” (Juan 2, 5), para mostrar con ello que es él quien decide cuándo se ha de actuar frente a una necesidad y cuándo no. La célebre frase, “Un profeta sólo en su patria, entre sus parientes y en su casa carece de prestigio” (Marcos 6, 4), pone de manifiesto la indudable incapacidad de comprender lo que afectaba a su pueblo, perdiendo toda validez ante él y obligándolo a recorrer otros lugares para ser reconocido.

Su autodefinición divina, lo hizo posicionarse a sí mismo por encima de los demás. Su misión fue impositiva, ejercida bajo una moral moldeada por un Dios que carecía de legitimidad al no dar respuesta a los anhelos y necesidades del pueblo judío. Por este motivo, y así como por momentos fue reconocido y alabado por una parte del pueblo, otra parte simplemente lo rechazó. Este fue precisamente uno de los factores que incidieron en su condena, revelando su falta de astucia y de interpretación de las dinámicas del pueblo, que podrían haberle permitido adaptar su discurso y la utilización de Dios con fines políticos. Pero su actuación posibilitó sentar las bases de una religión⁵ y consiguió un respaldo lo suficientemente grande para validarse, póstumamente, como líder político y religioso gracias a los relatos de aquellos que lo conocieron o bien que escucharon hablar de su habilidad para moldear las experiencias religiosas de quienes lo siguieron.

Diferente es el caso de Moisés, que contó con su hermano Aarón como fiel ayudante, sirviéndole de enlace entre él y el pueblo judío. Aarón ayudó a Moisés a cumplir la misión de guiar al pueblo de Israel a la tierra prometida, desarrollando su rol de liderazgo y de profeta iluminado por Dios. Moisés era supuestamente el único capaz de dialogar con Él para luego expresar el mandato divino a la población por medio de Aarón, quien

⁵ Existen dos líneas de estudios con respecto a la fundación de la religión cristiana. La que ve a Jesús de Nazaret como su fundador y la que considera que su verdadero fundador fue Pablo de Tarso. Los estudiosos que se inclinan a pensar que la fundación del cristianismo se debe a Jesús y a aquellos que lo siguieron, sustentan su razonamiento sobre todo en el acto en que el propio Jesús nombra al apóstol Pedro como la piedra en la que fundará su Iglesia, dándole instrucciones claras para continuar su obra. Para la otra corriente la fundación del cristianismo se debe a Pablo de Tarso, a quien siendo soldado romano y habiendo perseguido a los “cristianos”, se le reveló Dios provocando su conversión: “Sucedió que, yendo de camino, cuando estaba cerca de Damasco, de repente le envolvió una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: ‘Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Él preguntó: ‘¿Quién eres, Señor?’ y él: ‘Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y te dirán lo que debes hacer’” (Hechos 9: 3-6).

cumplía el rol de ser el interlocutor entre el pueblo y Moisés, tal como se lo había dicho Dios a Moisés, sin perder de vista las necesidades y anhelos de la población, que Aarón se encargaba de transmitir a su hermano.

Moisés dijo a Yahvé: «¡Por favor, Señor! Yo nunca he sido hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu siervo: sino que soy torpe de boca y de lengua.» Yahvé le respondió: «¿Quién ha dado la boca al hombre? ¿Quién hace al mundo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, Yahvé? Así pues, vete que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir.»

Él replicó: «¡Por favor, Señor! Envía a quien quieras.» Entonces se encendió la ira de Yahvé contra Moisés, y le dijo: «¿No tienes a tu hermano Aarón el levita? Sé que él habla bien; además, va a salir a tu encuentro, y al verte se alegrará su corazón. Tú le hablarás y pondrás las palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su dios.» (Éxodo 4, 10-16)

5. Los secretarios destacados por el secretario

Un ejemplo contemporáneo a Maquiavelo es el de César Borgia, quien se apoyó en su leal ayudante, Michelleto Corella. Nombrado por el mismo duque Valentino como capitán de su ejército, se le atribuyen los hechos más sangrientos de los Borgia. “Al parecer fue el ejecutor de las principales iniciativas para librarse de los enemigos, más o menos cercanos” (Benavent y Navarro, 2000: 369).

A pesar de que Michelleto Corella no es un personaje al que Maquiavelo explicita en sus textos, conviene no desatenderlo, porque “acompañó siempre a César Borja hasta el final de sus días, y llevó a cabo todas las tareas que su señor le encomendó” (Benavent y Navarro, 2000: 370), siendo una pieza fundamental para el desarrollo de su liderazgo.

Maquiavelo pudo ser testigo de cómo en el año 1500 don Michelleto formó e instruyó un ejército compuesto por campesinos de la Romaña, abandonando así la dependencia de los desleales ejércitos mercenarios. Esto sirvió de motivación y ejemplo al entonces secretario de la segunda cancillería, para instituir un reclutamiento regular que le permitiese crear una milicia propia para Florencia. Su primera intención fue que este cuerpo militar fuera instruido por el propio Corella, pero la fama que arrastraba hizo que la aristocracia florentina, “que ya detestaba al Gonfaloniere Soderini a causa de

su política filopopular” (Benavent y Navarro, 2000: 371), se opusiera a ello, temiendo la instauración de una dictadura de Soderini.⁶

Uno de los lugares en que Maquiavelo se refiere, breve pero explícitamente, al papel de los ayudantes de los líderes políticos es el capítulo XXII de *El Príncipe*, titulado *De los secretarios de los príncipes*. (Maquiavelo, 2003: 128) En aquellas páginas señala la importancia no solo de tener un buen ministro, sino de qué debe hacer un príncipe para escogerlo y mantenerlo. Probablemente lo más interesante es que en este capítulo el pensador florentino indica que existen tres clases de inteligencias: “la primera comprende las cosas por sí mismas, la segunda es capaz de evaluar lo que otro comprende y la tercera no comprende ni por sí misma ni por medio de los demás.” (Maquiavelo, 2003: 128), y para explicitarlo pone el ejemplo de Antonio da Venafro, quien fuera abogado y ministro de Pandolfo Petrucci.

Según Maquiavelo, Petrucci tuvo la extraordinaria capacidad de elegir a un ministro que le demostró su fidelidad y utilidad. “No había nadie que conociese a messer Antonio de Venafro y supiera que era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, y no pensara al mismo tiempo que Pandolfo era un hombre de extraordinaria capacidad, puesto que lo había hecho ministro.” (Maquiavelo, 2003: 128). Como recuerda Martelli, Maquiavelo, en una carta a los Dieci di Siena del 18 de julio de 1505, durante la legación ante Pandolfo Petrucci, definió a Antonio da Venafro como “el cuore” de Petrucci y “el *caffo* delli altri uomini”, esto es, “el primero de todos, el único”. (Príncipe, XXII: 290 nota 2).

Si se tiene en cuenta la relevancia de las inteligencias que plantea Maquiavelo, puede decirse que la primera es la superior, a pesar de que la segunda, la capacidad de evaluar lo que otro comprende, es “escelente”, ya que si un ministro está dotado de esta inteligencia ayudará de forma muy eficaz al príncipe, puesto que el ministro o secretario puede evaluar y transmitir al gobernante lo que el pueblo necesita. Hay lugares dentro de la obra de Maquiavelo en los que deja ver esa dinámica: su teatro, como se ha avanzado, es una buena muestra de ello. Lo que dejó implícito en sus textos políticos, lo explicitó en su dramaturgia.

En su teatro, el pensador dio énfasis y relevancia al rol de los ayudantes, y un buen ejemplo se encuentra en *La Mandrágora*, en la que Ligurio y Calímaco muestran una

⁶ Carlo Dionisotti, en un artículo de 1967 titulado “Machiavelli, Cesare Borgia e don Micheletto”, piensa que si se ponía al mando de la formación de un ejército florentino a Micheletto Corella era posiblemente con la intención de perpetuar el poder en Soderini, idea que refutará Sasso, en un artículo de 1969, titulado “Machiavelli, Cesare Borgia, don Micheletto e la questione della milizia”.

dinámica de interacción propia de ayudante y jefe, siendo esta una cuestión fundamental para el desarrollo de la trama. El ayudante es quien tiene precisamente la capacidad de comprender a cabalidad las virtudes y defectos de Nicia, el viejo abogado, lo cual le permite observar la situación con mayor objetividad y colaborar más eficazmente con su jefe para ejecutar el plan de conquistar a la joven Lucrecia.

Las características de Ligurio lo hacen ser un *consigliere* ideal: es astuto, sagaz y además es parte del pueblo. El mismo Calímaco, en un diálogo en el que le cuenta a Siro, su sirviente, quién es Ligurio, destaca su precariedad y su total disponibilidad para ayudarlo:

Tú conoces a Ligurio, que viene continuamente a comer conmigo. Fue antaño un casamentero y ahora se ha puesto a mendigar comidas y cenas. Pero como es un hombre jovial, micer Nicias tiene con él mucho trato. Ligurio le toma un poco el pelo, y aun cuando no lo lleve nunca a comer a su casa, a veces le presta dinero. Yo me he hecho amigo suyo y le he hablado de mi amor y él me ha prometido ayudarme con todas sus fuerzas. (Maquiavelo, 1999: 190)

Además, como observa Giorgio Inglese, para Maquiavelo, Ligurio es “il personaggio che più avvertiva legato a sé”. (2006: 165)⁷ *La Mandrágora*, una obra llena de referencias políticas y con dinámicas de poder fácilmente comprensibles por quienes no habían sido instruidos en historia ni en política, hace clara alusión a la situación política y social de la Florencia de la época, por lo que no es difícil distinguir en cada acto la crítica o el desvelamiento político que realiza Maquiavelo mediante esta comedia. Ligurio representa ese rol de intermediario, entre el pueblo y el príncipe. Es él quien permite finalmente que el plan se pueda llevar a cabo: sin su eficiente ayuda, Calímaco no habría podido ni siquiera acercarse a Lucrecia.

Llegan a ser tan importante los consejeros para un príncipe, que siendo elegidos por ser hombres juiciosos, Maquiavelo insta a que el líder político sea capaz de concederles “la libertad de decirle la verdad, únicamente en aquellas cosas de las que les pregunta y no de ninguna otra. Sin embargo, debe preguntarles de cualquier cosa y escuchar sus opiniones, pero después decidir por sí mismo y a su manera.” (Maquiavelo, 2003: 130).

⁷ “el personaje al que más apegado se sentía.” [Traducción responsabilidad del autor]

6. Conclusiones

En resumen, los secretarios, ministros o *consiglieri* cumplen un rol fundamental dentro del pensamiento de Maquiavelo. Aunque parecen estar relegados a la sombra del príncipe, muchos de los proyectos políticos llevados a cabo por grandes líderes, no hubieran sido posibles sin la fiel colaboración de un Aarón o un don Micheletto. Por lo tanto, esta figura pasa a ocupar un lugar decisivo dentro de la tríada de elementos propuesta como estructura determinante para generar y mantener el *ordine* de un Estado.

Ahora bien, siendo el consejero sólo uno de los elementos de esa tríada, debemos atender ahora a otro de los elementos que la componen. Como se ha indicado, el colaborador del príncipe juega un rol de enlace entre el pueblo y el líder político, y a menudo la observación del pueblo pone de manifiesto no solo sus necesidades, sino también las dudas existenciales más profundas del ser humano, que solo parecen poder ser controladas por una figura supraterrrenal. Por esta razón, y tras obtener la información procurada por su ministro, el líder político se ve en la necesidad de recurrir a una figura que esté por encima de lo humano, utilizándola y dándole forma de tal manera que pueda asegurar, no solo el mantenimiento de su propio poder sino, sobre todo, el *ordine* del Estado.

Referencias bibliográficas

- Bausi, F. (2015) Maquiavelo. Valencia: Universitat de València.
- Benavent, J. y Navarro, A. (2000) “La necesidad de un ejército en el Estado moderno: Niccolò Machiavelli y Miquelet de Corella”. En Burdeus, M. D., Real y Verdegal, J. (Eds.). Las órdenes militares: realidad e imaginario. Castellón de la Plana: Universitat Jaume I.
- Cea, P. (2021) “Moisés y el Dios político desde el pensamiento de Maquiavelo”. *Analysis. Claves del pensamiento contemporáneo*. 29, Pp. 153 – 161.
- Gramsci, A. (1980) Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el estado moderno. Madrid: Nueva Visión.
- Inglese, G. (2006) *Per Machiavelli. L'arte dello stato, la cognizione delle storie*. Roma: Caracci.
- Lefort, C. (2010) *Maquiavelo: Lecturas de lo político*. Madrid: Trotta.
- Machiavelli, N. (2006) *Il Principe*. Roma: Salerno Editrice.
- Maquiavelo, N. (1957) *Obras Políticas*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Maquievelo, N. (1999) *El Príncipe*. La Mandrágora. Madrid: Cátedra.
- Maquiavelo, N. (2003) *El Príncipe*. Madrid: Alianza.
- Ubieta, J. Á. (Dir.) (1999) *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer.